AÑO III. MADRID, 1 DE MARZO DE 1923. NÚM. 17.

HESPERIA

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

«Los baskos y su cosmogonía», por Julio Garrido.—«Antes que todo, la Moral en la vida y la Teoría en la ciencia».—«El mérito poético-literario de «Don Juan Tenorio», por César Camargo y Marín.—«El contenido del Corán».
Nuestros folletines: «Una mártir del siglo XIX: Helena Petrovna Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica», páginas 177 a 192; y «El Velo de Isis o Las mil y una noches ocultistas», páginas 257 a 272. (Tomos XXI y XX, respectivamente, de las obras completas de Mario Roso de Luna).

Los baskos [1] y su cosmogonía.

Raza misteriosa es en verdad la eúskara, que, más o menos mezclada, puebla hoy ambas vertientes del Pirineo. Su idioma, emparentado con los uralo-altaicos y con los aglutinantes de la América precolombiana, es una excepción en Europa. Secretas semejanzas los unen con los antiguos guanches de Canarias. Su tipo etnológico, fuerte, musculoso, inteligente, serio, algo místico, amante de la libertad, hospitalario, activo, puede todavía fijarse, aun después de las múltiples mezclas que han venido a enriquecerlo.

Su origen no ha podido fijarse con exactitud. Autores muy dignos de crédito opinan que sus antecesores lo fueron los antiguos iberos, más o menos relacionados con los habitantes actuales de la Iberia del Cáucaso. Los que, como el que suscribe, estudian humildemente las enseñanzas de la Teosofía, y ven en ellas, por fragmentarias que sean, un reflejo fiel de la Verdad, consideran a los vascos actuales descendientes de la sexta subraza de aquella gran raza que algún día pobló la sumergida Atlántida. Según

(1) Lo escribimos con b y k, por ser esta la ortografía que adoptan los escritores del país.

la Teosofía, los euskaros son restos de los acadios, que estaban fijos en lo que hoy es cuenca del Mediterráneo, y que entonces era tierra firme, extendiéndose por la España actual, Italia y otros países (1). La característica de esta subraza acadia era la actividad mental y pasional aplicada con un inteligente discernimiento. Los vascos, fuertemente matizados con los elementos característicos de las razas posteriores indo-arias, consistentes en un desarrollo mental extraordinario, que hoy ha llegado casi a su apogeo, forman ahora un grupo humano interesante y digno de figurar como elemento constitutivo de la futura raza.

Claro está que, teniendo los vascos tal estirpe acadia, y siendo uno de los restos salvados del general cataclismo del continente atlante, debieron conservar entre ellos una moral superior a la de aquellos pervertidos hombres de la Atlántida, cimentando dicha moral en alguna fórmula religiosa emanada de la primitiva religión de la Sabiduría—la Universal Doctrina Secreta, cuyos arcanos sólo poseían los iniciados—. Creyendo esto, hemos opinado, durante mucho tiempo, que esas antiguas doctrinas de los vascos podrían en su día sernos reveladas del modo más inesperado, aun contando con los velos impenetrables y con la obscuración espiritual experimentada por este pueblo desde que la Iglesia romana lo convirtió en uno de sus mejores feudos.

Un trabajo notable, publicado por Mr. Chaho, y que insertó algo mutilado, por los inevitables prejuicios religiosos, la *Revista Euskara*, desaparecida hace muchos años, pero que hemos podido consultar en la Biblioteca de Navarra, nos ha puesto sobre la pista que ya no hemos de abandonar, limitándonos hoy solamente a dar cuenta del notable esoterismo contenido en las antiguas ideas religiosas de los vascos, esoterismo diáfano que resalta en el trabajo de Mr. Chaho, aunque este autor generalmente lo empequeñece y no acierta a darle la amplitud y universalidad que realmente tiene. De ello pueden dar fe todos los estudiantes de Teosofía que lean este artículo.

Para los baskos pre-cristianos *el fuego* era el principio creador y agente renovador universal, como lo era para los antiguos arios adoradores de Agni... Lo llamaban *Sugué*, que significa fuego y también *serpiente*... Otro de los nombres que empleaban era *Leheren* (el *primero-último*). Veamos cómo explicaban el comienzo de la Manifestación:

Leheren Sugué (la serpiente primera-última; ¿quién no ve aquí el ar-

---

(1) Véase la obra de Scott Elliot *Historia de los Atlantes*, librería de Maynadé, Princesa, 14, Barcelona.

caico simbolismo de la serpiente mordiéndose la cola?) dormía enroscada sobre sí misma *en el mar de fuego...;* su profunda *respiración* hacía temblar las regiones inferiores... El *huevo del mundo,* que les sirve de envoltura, parecía próximo a romperse a causa de las convulsiones del monstruo *en su letargo* (o pralaya). Al fin el espíritu del *Yao* dejó caer en este mar una gota del agua de su clepsidra, que *marca los tiempos,* proclamando la consumación de los siglos. Tocó luego *las siete trompetas de bronce* (alusión bien clara al despertar de los siete mundos mediante la emanación de sus siete verbos). Entonces *Leheren* (el primero-último), *el gran arquitecto,* despierta (como síntesis de las siete fuerzas del sonido de las simbólicas trompetas de bronce amarillo) y abre *siete anchas bocas,* por las que sale el fuego. En 10 etapas consume las viejas formas del Mundo que fué, y *con su ancha cola amasa el Mundo nuevo...* Tras de esto vuelve a dormirse, esperando la aurora del *nuevo Tiempo.*

Cualquiera que haya leído y meditado algo sobre las estancias del *Libro de Dzyan* y sus comentarios (1), tendrá que confesar que esta cosmogonía euskara, tal como queda expuesta, parece otra versión ligeramente alterada de aquellas sublimes slokas. Aquí está apuntado el divino origen del fuego, la doctrina de los ciclos, el simbolismo universal de la serpiente y el huevo, el concepto de los pralayas, la doctrina oculta del Logos o gran Arquitecto, el dogma gnóstico de las emanaciones...

Nada tiene, pues, de extraño que Mr. Chaho, en su trabajo citado (2), afirme en consecuencia que los magos euskaros enseñaban que «los cataclismos terrestres son periódicos y generales... y hasta habían descubierto el número de esas imponentes renovaciones en su relación con la rotación del Globo, con su traslación alrededor del Sol y *la precesión de los equinoccios*»... Buena prueba de ello es que la gota que *Yao* deja caer de su clepsidro es la 60ª = 5 por 12, lo que relacionaría el amanecer del manvántara que describe con los signos del zodiaco. Todo este trozo de Cosmogonía vasca que saca a la luz Mr. Chaho lo aplica este autor únicamente a la Tierra y al supuesto fuego central de nuestro planeta, así ccmo a los orígenes de la raza euskara. Y es que, en efecto, éste, como todo otro esoterismo arcaico, puede interpretarse de varios modos, por estar el lenguaje intencionadamente velado... Nosotros creemos que su sentido más íntimo es mucho más profundo; pero que, en efecto, varias de sus alusiones pueden referirse al último cataclismo geológico exclusivamente.

---

(1) Véase *La Doctrina Secreta,* librería de Maynadé, Princesa, 14, Barcelona.
(2) Véase *Los Pirineos,* revista euskara, volúmenes I, II y III.

La Antropogenia vasca es también interesantísima. Los hombres del Mundo que fué se habían quedado petrificados, convertidos en piedras... Pero, tras las diez edades de renovación, recobraron su forma primitiva, mediante el canto divino de *un ave luminosa* (kala, hamsa o ave del espacio de las cosmogonías indostánicas).

La posteridad de estos hombres, mejor dicho, de estas formas animadas por el ave divina, *se fué al Oriente* (1) (todo lo contrario de las mezquinas concepciones bíblicas que hablan de la dispersión de los descendientes del Noé asiático). Los patriarcas que quedaron en Occidente se llamaron euskaros (los vascos) y se titulaban *la raza del Sol y del cordero*, aludiendo al paso del sol por Aries (*asia*, en vasco, es cordero, de donde los asios, que también eran de raza solar). Los euskaros reconocían como ascendiente primero, o Manú de raza, al sublime *Aitor el primer nacido de los videntes.* Su gente tutelar o dios particular es *Ariel.*

Los antiguos magos-sabios vascos tenían el nombre de *jaon-aztiak.* Más tarde el pueblo euskaro sufrió la espiritual caída, que es la historia eterna de todas las naciones, como muy oportunamente hace notar el Sr. Roso de Luna en sus estudios sobre *La Humanidad y los Césares*, publicados en su extensa Biblioteca. Aquellos sabios iniciados no encontraron en las sucesivas generaciones herederos dignos de recibir el supremo conocimiento, y fueron desapareciendo, reemplazados por brujos y adivinos. Pero, aun en tiempos de los romanos, éstos los comparaban a los mejores augures de Hungría y a las profetisas escandinavas de Voluspa. Luego el cristianismo popular, con su persecución de todo resto de los antiguos cultos, dejó extinguidos los restos de prácticas ocultas, que sólo, en forma cada vez más degradada, subsistieron en ciertas supersticiones locales y en el ejercicio de la hechicería. No hemos de omitir, a este respecto, que la palabra *aquelarre* es de origen vascongado y significa «campo del chivo». En tiempos no muy remotos, no hace creemos dos centurias, fueron condenadas a la hoguera por la Inquisición algunas supuestas brujas que se reunían en las cuevas de Zugarramurdi (Navarra).

Con lo expuesto queda demostrado, a nuestro juicio, el interés grandísimo que debe inspirar a todo pensador, y principalmente a los teósofos, el estudio de cuanto se refiere a la historia primitiva de este pueblo, que tenemos aquí tan cerca y que se ignora a sí mismo, cegado por siglos de intransigencia religiosa, que ha moldeado en parte su moderna psicología,

(1) No olvidemos que la palabra *Asia*, en vasco, quiere decir *semilla.*

siendo el molde en que se han vertido sus tendencias místicas. Sus mitos populares, como el de la *Maitagarri* (hija de Ariel y hada de los Pirineos); el del *Baso jaun* (1) (señor de los bosques, especie de *Pan* griego); las tradiciones de la *dama de Amboto*, de la *gruta de Balzola*, de las *tres olas*, etcétera, etc., son reminiscencias de antiguas formas del culto antiguo, o de creencias que en su día fueron universales, como derivadas del conocimiento revelado a las masas por iniciados de la Religión de la Sabiduría, de la Doctrina Secreta, de lo que hoy renace con el nombre de Teosofía.

JULIÓ GARRIDO.

Antes que todo, la Moral en la vida y la Teoría en la ciencia.

El movimiento espiritualista, que renovando antiguos valores y revolucionando la Filosofía y la Ciencia se difunde por el mundo, tiene, como es forzoso, dos grandes fases: el fenómeno hiperfísico, base del conocimiento experimental, y la ley moral, norma sacada del conocimiento filosófico.

El Cristo nos enseñó que toda la filosofía es amor, y toda la Moral se encierra en el precepto de amor: «amaos los unos a los otros». Ocultismo, Teosofía y Espiritismo, ramas independientes, pero de un solo árbol, concuerdan perfectamente con la enseñanza esotérica cristiana.

Todos los espiritualistas trascendentales saben que la doctrina de Jesús de Nazaret no fué otra cosa que la sabiduría iniciática divulgada, para lo cual el Gran Instructor la despojó a menudo de su lenguaje abstracto y de los velos demasiado densos del símbolo. Puede decirse que esa doctrina formó el eslabón entre la enseñanza de los sacerdotes iniciados, y el pueblo, hasta entonces ignorante y distanciado de ella. Para el vulgo toda la religión se encerraba en el ritual: a la adoración de la Divinidad, en espíritu, sustituía entonces, como hoy, el culto más o menos idolátrico de las imágenes, y de la letra que mata predominaba sobre el espíritu que vivifica.

El estudio comparado de las religiones que los teósofos han realizado con tanta brillantez vino a esclarecer por completo la verdad histórica, y

(1) Este *Baso-jaun, jiam* o *jina* es uno de los mil personajes que el doctor Roso de Luna ha estudiado en sus obras *El libro que mata a la Muerte* y *De gentes del otro mundo. (N. de la R.)*

hoy sabemos de la unidad perfecta del principio religioso en todos los tiempos y países. Religión y Sabiduría eran en la Antigüedad las dos partes de una síntesis. Y al presente, Teosofía, Ocultismo y Espiritismo no son, originalmente, sistemas nuevos; la Doctrina Secreta, matriz de las teologías orientales y de las grandes religiones de la actualidad, es a la par fuente común de otras tres ramas del espiritualismo moderno. Pero mientras ellas trabajan por revalidar en la conciencia de los hombres el sentido verdadero de la sabiduría antigua, las religiones positivas y del presente pugnan por mantenerlo oculto bajo el pasado fárrago de las suntuosas liturgias, a que casi han reducido la razón de su existencia. Pedirles a ellas en esta hora de suprema crisis una solución que satisfaga al espíritu de los tiempos, equivaldría a exigir de un baldado la tiránica hazaña de remover el peñón de Sísifo...

El libre espiritualismo no pretende, como la Iglesia, imponer una moral dogmática en que la letra lo es todo. Esa moral, a base de un casuísmo endeble y tortuoso, es obra humana y pasajera, incapaz de ofrecer al hombre una norma permanente de conducta. La ley moral, a que el ocultista, el teósofo y el espírita ajustan sus acciones, es una simple resultante que la razón y el conocimiento extraen de la sabiduría que aún tenemos que llamar oculta. Esa moral es un producto, una consecuencia subjetiva e individual; y para tener efectividad, debe hacerse carne de uno mismo, sobrepasando el significado de la letra. La moral esotérica tiene el carácter de una libre y espontánea elección del espíritu, en contraposición a la otra moral, demasiado tiránica en la forma y demasiado abstrusa en el fondo.

La Humanidad necesita de una ley moral. Le es indispensable. El principio de organización y disciplina de los pueblos no puede prescindir de ella. Lo que en el individuo tiene una importancia puramente interna, en la colectividad la tiene precisamente externa.

El Espiritualismo moderno ofrece al mundo una ley moral. Pero la da en forma adecuada a los tiempos y con el indestructible fundamento de la ciencia. Esa moral, como hemos dicho, es una moral viva: evoluciona y se desarrolla con el hombre. Su fondo es inmutable, como el espíritu; pero sus modalidades son diversas y cambiantes, como la materia. Su origen es divino, desconocido por la multitud; pero su aplicación es práctica y su importancia vital para el individuo.

La gran fase científica de las doctrinas espiritualistas, sobre todo del Ocultismo, suele ser la más atractiva para las gentes. De esa tendencia popular hacia el fenómeno trascendente, hacia la parte maravillosa e hiperfísica del Ocultismo, han derivado grandes males y no pocos errores. El

hombre vulgar—no nos cansaremos de repetirlo—no está ni estará jamás capacitado para practicar las ciencias ocultas. Una severísima y larga iniciación es indispensable. Sólo la depuración interna del individuo, que lo lleva a las cimas de la pureza integral de sus cuerpos y de la perfecta armonía de sus potencias internas, aleja el peligro de quedar destrozado por el torbellino de las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

Entre los teósofos, muy pocos están autorizados para penetrar en el Ocultismo práctico trascendental. Entre los espiritistas, no está lejano el día en que ocurra lo mismo. Una dolorosísima experiencia nos hará a todos ser más cuerdos y más razonables. La misma ciencia oficial, sólo con gran tiento se aventura por las tortuosas galerías de lo que se ha dado en llamar matapsiquia, que hasta ahora, en Europa y Estados Unidos, apenas si va saliendo de los dominios del Ocultismo inferior, a que los teósofos de todas las edades dieron el nombre de Magia Negra. El magnetismo y el hipnotismo semicientíficos, que vemos en teatros y exhibiciones públicas, no son ni más ni menos que peligrosa Magia Negra, verdadero abismo cuyos menores desfiladeros son la neurosis y la impotencia...

Primero, antes que nada, el estudiante necesita de la moral en la vida y de la teoría en la ciencia. Moralidad privada—que puede traducirse en el hombre ordinario en el amor al bien y al progreso humanos—, estudio incesante y metódico estudio son los únicos guías seguros para el que comienza a pisar los dominios de la Psiquis. Vida pura, inteligencia cultivada: he aquí la condición *sine qua non* del futuro ocultista.

Algunas personas creen que los poderes psíquicos, las maravillosas potencias que nos asombran en el fakir y el yogui, en el mago o santón hindú, se adquieren de *afuera hacia dentro*, es decir, por la práctica externa del Ocultismo. Craso y terrible error. Las verdaderas, sanas e indestructibles potencias ocultas del hombre no son materia científica exterior a él mismo. Sólo las da la purificación interna. Los poderes nigrománticos, es decir, inferiores, si puede adquirirse de fuera a adentro; pero, ¡a qué precio y con qué negativos resultados finales!

Hay que abandonar, por torpe y peligroso, ese fenomenismo vulgar a que se entregan sin escrúpulo algunas gentes, empeñadas en hipnotizar a otros, magnetizar mesas, evocar «espíritus» y escudriñar secretos de ultratumba. Las grandes verdades naturales que hoy ignora la multitud serán conocidas por el mundo a su debido tiempo, cuando los *sentidos astrales* del hombre, hoy rudimentarios y nacientes, alcancen su desarrollo normal. Apresurarse a abrir las puertas de lo Desconocido con la ganzúa de uu falso psiquismo, si no lleva al ridículo y al fraude medianímico, conscien-

te e inconsciente, como pasa entre el vulgo indocto, sólo empuja al imprepreparado hacia la locura y la muerte.

Más teoría y más moral: que esto sea el lema del buen ocultista, del buen teósofo y del buen espírita.

Un deber de amor y fraternidad nos obliga a todos a advertir a nuestros semejantes menos instruídos. La sabiduría y pureza del alma y cuerpo, la práctica efectiva del Bien, conducen por sí solas a la comunicación con las superiores entidades de lo Invisible, por caminos reales que Dios ha abierto a nuestro espíritu.

El progreso de nuestro espíritu no necesita de otra cosa.

(De *Estudio,)*

El mérito poético-literario de "Don Juan Tenorio"

II

Ir señalando escena por escena y verso por verso las innumerables bellezas de forma del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, es tarea que no sólo excedería los límites impuestos a este trabajo, sino que resulta poco menos que imposible de emprender. Esto obliga a considerar sólo las más notables y salientes.

Un estudio crítico exige, por otra parte, para ser completo, examinar más el conjunto que los detalles. Esto es lo que he de procurar, estudiando sucesivamente: *A)* las bellezas indiscutibles de la obra; *B)* defectos que se le atribuyen, y *C)* defectos que realmente tiene.

A) Entre las primeras, descuella en primer término la tan repetida *escena del sofá*. Las décimas en que don Juan declara su amor a doña Inés son de lo más hermoso que se ha escrito. Aparte de su corrección exquisita, muy rara vez alcanzada en tal grado ni aun por los mejores poetas, son tiernas, delicadas, galantes, apasionadísimas, como lo requiere el caso. Tienen la misma sonoridad que las de Bernardo López García al *Dos de Mayo;* las galas y elegancia de las de Calderón en *La vida es sueño* y la fuerza emotiva de las de *El vértigo*, de Núnez de Arce (1). No

(1) Nada más portentosamente descriptivo que la décima con que comienza el poema de este autor:

Guarneciendo de una ria
la entrada incierta y angosta,
sobre un peñón de la costa
que bate el mar noche y día,

cabe, en una palabra, más poesía. Por eso, nadie discute siquiera su belleza de forma, limitándose algunos a decir que son artificiosas o que no están en su lugar, porque después de lo que precedentemente ha ocurrido y sabiendo que en breve han de sorprenderlos, no es verosímil que se le ocurra «hablar a su amada de lo bien que se está allí donde se huelen las flores, se oye la canción del pescador», etc.

Advirtamos, en primer lugar, que don Juan no debe de sospechar siquiera que el Comendador esté enterado del rapto de doña Inés, ni aun de que las monjas, suponiéndola a esas horas recogida, hayan notado su ausencia. De don Luis tampoco tiene nada que temer por el momento, puesto que ordenó que lo encerrasen *hasta el día* en la bodega, y de la Justicia, tampoco. Nada, pues, más natural que, al notar la turbación de doña Inés, le diga galantemente:

Cálmate, pues, vida mía,
reposa aquí, y un momento
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría...;

que con ternura la llame «ángel de amor» en la redondilla que sigue y que continúe arrullándola con las décimas, para terminar rindiéndose, no ya seductor, sino sincero y amantísimo:

¡Oh! sí, bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos,
escucharme sin enojos,
como lo haces, amor es;
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía
adorando, vida mía,
la esclavitud de tu amor.

¿Cabe ante esto sostener que esas décimas son artificiosas e inorportunas? No; el don Juan soñado por Zorrilla no podía decir en tal ocasión a su encantadora doña Inés otra cosa, ni cabe dar a sus palabras más galanura y cariño, aun hablando el lenguaje de los Dioses, que, como es sabido, si lo usan, será el de los poetas.

En fin, si juzgamos rebuscadas y artificiosas dichas décimas, y violenta y mal traída la situación, ¿qué diríamos de Calderón, cuando pone en boca de un hombre enamorado por primera vez estas frases de despedida a su amada, expresadas en décimas también?

Difícilmente pudiera
conseguir, señora, el Sol
que la flor del girasol
su resplandor no siguiera.

---

se alza gigante y sombría
ancha torre secular
que un rey mandó edificar
a manera de atalaya
para defender la playa
contra los riesgos del mar.

Dificilmente quisiera
el Norte, fija luz clara,
que el imán no le mirara
y el imán dificilmente
intentara que, obediente,
el acero le dejara.
Si es de Sol vuestro esplendor,
girasol la dicha mia;
si es Norte vuestra porfía,
piedra imán es mi dolor;
si es imán vuestro rigor,
acero mi ardor severo;
¿pues cómo quedarme espero
cuando veo que se van
mi Sol, mi Norte, mi Imán
siendo flor, piedra y acero? (1).

Todo esto es muy bello, sin duda; pero falso y artificioso, como cuando el mismo Calderón hace decir a su *Segismundo*, que se crió en un monte entre fieras, cuando ve por primera vez a una mujer hermosa (Rosaura), en el palacio de su padre, adonde fué llevado durante el sueño, estas palabras tan cultas y afectadas:

Mujer, que aqueste nombre
es el mejor requiebro para el hombre,
¿quién eres que sin verte
adoración me debes y de suerte

(1) *Casa con dos puertas.*—Es de notar lo aficionados que fueron nuestros clásicos a la décima, uno de los versos más armoniosos de nuestra métrica, y que, como se ha visto, predomina también en el *Tenorio*, de Zorrilla (escena 3.ª del acto 4.º; escenas 3.ª, 4.ª y 5.ª del acto 5.º; escena 4.ª y principio de la 5.ª del acto 6.º, y escenas 3.ª y final del último acto. Y, a pesar de esto, Espronceda, que tantos puntos de contacto tuvo con Zorrilla, siendo éste, en cierto modo, digno continuador de aquél, puede decirse que no la usa, sin duda por lo mucho que sujeta y esclaviza la voluntad del poeta su exceso abrumador de consonantes, cosa que pugnaba con el espiritu rebelde y altamente innovador del gran poeta. Entre todas las composiciones suyas que he leido, sólo recuerdo haber hallado una décima, colocada como por descuido y envuelta con redondillas, de manera que es preciso una observación muy detenida para encontrarla, en *El Estudiante de Salamanca:*

—A solas hablar querria.
—Podéis, si os place, empezar,
que por vos no he de dejar
tan amable compañia,
y si Dios aqui os envia
para hacer mi conversión
no despreciéis la ocasión
de convertir tanta gente,
mientras que yo humildemente
aguardo mi absolución.

Tampoco he encontrado en ninguna poesía de Espronceda versos alejandrinos, hasta el punto de que, recorriendo a veces toda la métrica y empezando o terminando por versos de dos silabas y aun de una, si permitiese calificarlos asi su forzosa acentuación aguda, cuando llega al verso de doce sílabas se detiene invariablemente. Véase, entre otras producciones suyas, la última parte de *El Estudiante de Salamanca*. Zorrilla si lo emplea con frecuencia, aunque no en el *Tenorio*, como se ha visto.

por la fe te conquisto
que me persuado a que otra vez te he visto,
quién eres, mujer bella?
—(Disimular me importa.) Soy de Estrella
una infelice dama.
—No digas tal. Di el sol, a cuya llama
aquella estrella vive,
pues de tus rayos resplandor recibe.
Yo vi, en reino de olores,
que presidía entre escuadrón de flores,
la deidad de la rosa,
y era su emperatriz por más hermosa;
yo vi, entre piedras finas,
de la docta academia de sus minas
preferir al diamante
y ser su emperador por más brillante;
yo, en estas Cortes bellas
de la inquieta república de estrellas
vi en el lugar primero
por rey de las estrellas al lucero;
yo, en esferas perfetas
llamando el sol a Cortes los planetas
le vi que presidía
como el mejor oráculo del dia.
Pues ¿cómo si entre soles y entre estrellas,
plantas, piedras, planetas, las más bellas
prefieren, tú has servido
la de menos beldad habiendo sido
por más bella y hermosa
sol, lucero y diamante, estrella y rosa?

Por mucho talento natural que se suponga a una persona educada de ese modo que *nunca vió ni habló*

sino a un hombre solamente

y que él mismo dice:

... tan poco del mundo sé,
que cuna y sepulcro fué
esta torre para mi.

y después:

... entre asombros y quimeras
soy un hombre de las fieras
y una fiera de los hombres,

no es posible imaginar que pueda expresarse en esa forma.

Tampoco suelen ser más lógicos los poetas modernos. Véase, si no, *El Alcázar de las perlas*, de Villaespesa, en la escena en qua Azuna vuelve con Sobeya después de recorrer el mundo entero buscando inspiración para construir su famoso Alcázar, y cuando desesperado por no haberlo logrado, rendido y sediento, se sienta ante las ruinas de Ilíberis, no se le ocurre otra cosa que pedirle a su compañera que improvise una elegía a a esas ruinas, en lo que no puede verse más que un pretexto para que el poeta coloque allí, igual que pudo hacerlo en otro lugar cualquiera, la bellísima poesía que comienza:

Por dondequiera que la vista extiendo... (1).

No sería fácil justificar tampoco la interminable relación que en la comedia de Marquina, *En Flandes se ha puesto el sol*, hace Magdalena a su hermana Isabel, para terminar diciéndole

... *que la vaca ha tenido pequeños.*

Esto demuestra bien claramente que la falta que Zorrilla se atribuye a sí mismo *sin haberla cometido*, la cometieron *realmente* los más eminentes poetas antiguos y modernos en sus mejores obras, sin que la crítica lo haya censurado, a excepción de las expresadas décimas de *Casa con dos puertas*, tachadas ya de artificiosas por el catedrático que fué de «retórica» y «poética» don Salvador Arpa y López.

En cambio, una de las más graves censuras que se han hecho al *Quijote* es la de que aparezcan intercaladas en él la historia de «El curioso impertinente» y otras que no guardan relación con la aceión principal. En *El diablo Cojuelo*, de Guevara, en el *Gil Blas*, de Le Sage, y en muchas obras antiguas, encontramos también intercaladas diferentes historias, aunque la índole de las dos novelas últimamente citadas lo justifica mejor. Sea como quiera, esta falta de unidad no puede hacer desmerecer notoriamente a obras de valor indiscutible.

De las redondillas que siguen, en las que manifiesta doña Inés su cán-

---

(1) El poeta intercala también en otras escenas una porción de preciosas «Kasidas» y «gacelas», que hacen de esta obra la más prodigiosamente poética que se ha escrito, hasta el punto de que el mismo autor confiesa en el prólogo «que ha abusado del Lirismo».

Se observará que sólo cito para establecer la comparación obras maestras, pues de citar otras algo más flojas, los defectos que se atribuyen al *Tenorio* se encontrarian en ellas a millares. La inmortal obra de Zorrilla sólo puede compararse con otras que estén a su altura.

dido y puro amor a don Juan, nada hay que decir, puesto que el propio Zorrilla, tan poco benévolo con la más popular y genial de sus obras, dice que son *las mejores que han salido de su pluma.*

Merece ser citada en segundo lugar la escena de don Juan con el Comendador, si no por su versificación, por su fuerza dramática. En la humillación de don Juan postrándose a las plantas de don Gonzalo, hay algo de arrogancia contenida, de lucha inmensa consigo mismo, que revela un carácter altivo a través de la actitud humillante en que se coloca; algo que muestra el sacrificio que no puede darse, cuando, en casos análogos, se someten temperamentos más o menos dúctiles, como *Gil Blas de Santillana*, por ejemplo (1), algo, en fin, de grande, que no se encuentra en ninguna de las demás interpretaciones, ni aun en la de Tirso de Molina, cuando su «don Juan», después de seducir a la Duquesa Isabela fingiendo ser el Duque Octavio, se postra igualmente a los pies de su tío y le ofrece su vida entregándole la espada en vez de disculparse (2), y la diferencia está sencillamente en que mientras los *tenorios* de las demás interpretaciones no han hecho más que vencer a otros hombres, el de Zorrilla, *después de haber vencido a todos, demuestra que es también capaz de vencerse a sí mismo* (3).

Sí; *el hombre es muy grande cuando está de rodillas*, como ha dicho Víctor Hugo; pero para ello es preciso que lo sea también cuando está de pie. Porque si el que se humilla es ruin y bajo, al arrodillarse se empequeñece más. En el altivo constituye esto un noble sacrificio; en el humilde o el hipócrita, una costumbre.

Rivalizan con las décimas citadas, y aun a mi juicio las aventajan, las de la escena de don Juan ante la tumba de doña Inés. Y, sin embargo, han sido, quizá, las más discutidas literariamente, pues mientras aquéllas sólo fueron calificadas de inoportunas o artificiosas, éstas se han tachado de faltas de sentido sin reparar en que ciertos giros poéticos son *elegancias*

---

(1) Véase la obra de Ingenieros *El hombre mediocre.*

(2) Escena 5.ª del acto 1.º Obsérvese que el *Don Juan*, de Zorrilla, se vale del mismo engaño para burlar a doña Ana de Pantoja. Ya hice notar en mi precedente artículo que este ardid es muy frecuente en nuestras antiguas comedias, llamadas vulgarmente de «capa y espada», y citaba entre otras *Ganar amigos*, de Alarcón.

(3) Este sería «su triunfo definitivo» si el autor no hubiese querido huir de la vulgaridad teatral de que la obra terminase en boda. Dada la forma en que se desarrolla el argumento, «sólo sirve para preparar su redención», como veremos al final de este artículo.

y no defectos del lenguaje. Así, dice de otro poeta el autor antes citado (1) que cuando escribió:

Desnuda el pecho anda ella

enriqueció nuesta literatura con un giro hermosísimo y original, y podemos añadir nosotros que enriqueció también Zorrilla nuestro lenguaje, en lugar de faltar a la sintaxis, cuando dijo elegantemente:

Mármol *en quien* doña Inés
en cuerpo sin alma existe (2).

Aparte de esto, si continuamos estableciendo comparaciones, hemos de convenir en que menos sentido que estas décimas tienen las tan celebradas de Calderón en *La vida es sueño*. Baste, para no abrumar al lector con citas excesivas, transcribir la siguiente, escogida entre ellas:

Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas
apenas signo es de estrellas
gracias al docto pincel,
cuando atrevido y cruel
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad
monstruo de su laberinto,
¡y yo con mejor instinto
tengo menos libertad!

Confieso que me ha costado gran trabajo desentrañar lo que quiso decir aquí Calderón, y supongo que al lector le ocurrirá lo mismo.

Pasemos por alto, conforme a nuestro propósito, las numerosas bellezas poéticas que siguen en este mismo metro hasta la escena 5.ª, como hemos prescindido ya de recitados tan hermosos como el del escultor, en la 1.ª escena de la 2.ª parte, para fijarnos solamente en los endecasílabos de la 1.ª escena del acto último.

Ya he dicho que la situación exige este metro. Primeramente, porque, así como el octosílabo se presta como ninguno al diálogo, el endecasílabo es el que mejor se adapta al monólogo y a los parlamentos largos; en segundo término, lo pide también lo tétrico y sombrío de la escena, y, por último, su intensidad trágica (3).

---

(1) Arpa y López, *Retórica y poética*. El autor alude a Góngora.

(2) Recuérdese lo que dije en mi primer artículo acerca de las creencias de los egipcios en que pudo fundarse Zorrilla para presentar las estatuas animadas por los «astrales» de los difuntos. Así pudo decir el autor, más o menos exactamente, que «Doña Inés existe en el mármol en cuerpo, sin alma»; porque el alma es un principio superior que no tiene relación inmediata con el «plano físico» ni con el astral, sino mediante los sucesivos vehículos (mental y búddhico).

(3) Por eso se emplea generalmente en la tragedia. Véase, por no citar

La combinación elegida es la *serventesia* y el *cuarteto* (1) mezclados indistintamente, sin duda para que resulte más vario, sonoro y armonioso el verso, huyendo a la vez de la monotonía del romance, generalmente usado y de la rima más complicada de otras combinaciones (2).

Es lástima que estos versos, tan hermosos por lo menos como las décimas citadas, no los comprenda ni sepa decirlas ningún actor y, lo que es peor, los mutilen despiadadamente, como ya indiqué, cortando por donde quieren cuando les flaquea la memoria o se cansan de recitarlos. Esto es, artísticamente, un crimen (3).

CÉSAR CAMARGO Y MARÍN,
Abogado fiscal de la Audiencia de Jaén.

---

otras, el *Edipo*, de Martínez de la Rosa. También Echegaray, como hemos visto, en el *Gran Galeoto* acude a este metro cuando la fuerza dramática de la acción lo exige.

(1) La «serventesia» no es sino el cuarteto de rima alternada. Ambos se denominan respectivamente «cuarteta» y «redondilla» cuando se forman con versos de arte menor.

(2) Algunos dramaturgos antiguos y modernos han ensayado la «octava real» y el «soneto»; pero, sobre todo, este último resulta muy forzado. Lo más frecuente en los clásicos es el pareado de siete y once sílabas alternando, vg.:

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento, etc.

También emplean, clásicos y contemporáneos, la «silva», sobre todo la imperfecta, muy recomendable por su flexibilidad y la libertad que deja al arbitrio y gusto personal del poeta.

(3) Véase mi primer artículo, donde aludía a esto y añadía que en dichos versos está la clave del enigma del último acto. Así, es lógico que, no oyéndolos nunca completos, el espectador incurra en la vulgaridad de creer que Centellas mata a Don Juan. Me complace ver expuesto en el citado estudio de la «Novela Teatral» algo que ya había hecho yo notar en mis anteriores artículos, o sea que Zorrilla tomó de *El Estudiante de Salamanca* la aventura en que presencia el paso de su entierro, así como Espronceda demostraba yo que la tomó directamente de la leyenda de Don Miguel de Mañara.

En efecto, Espronceda dice:

—Diga, señor enlutado,
¿a quién llevan a enterrar?
—Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar...

y dice Zorrilla:

—¿Y aquel entierro que pasa?
—Es el tuyo
—¿Muerto yo?

EL CONTENIDO DEL CORÁN

El Corán se compone de 114 suratas o capítulos, de los cuales 70 se dictaron en la Meca y 44 en Medina. Se divide en 621 divisiones llamadas «aschar» y en 6.236 versículos. Comprende 79.439 palabras y 323.670 letras, cada una de las cuales tiene diez virtudes especiales. En él se cita el nombre de 25 profetas: Adán, Nouh, Ibrahim, Ismail, Isaac, Yacub, Yussef, El Josh, Yunés, Loth, Saleh, Hud, Schoaib, Dand, Soleiman, Zul-Kefel, Edris, Elías, Yahia, Zacharia, Ayub, Mussa, Harún, Issa y Mohammad.

—También se hallan en él los nombres de nueve pájaros o animales alados: el mústico, la abeja, la mosca, la abubilla, el cuervo, el saltamontes, la hormiga, el pájaro ababil y el murciélago, el pájaro de Issa.

—El cuerpo tiene siete puertas de entrada y dos de salida. Consta de cuatro elementos. Tiene 360 conductos y 240 huesos.

(Del libro de Mardrús.)

—El capitán te mató
a la puerta de tu casa.

Hecho que Espronceda desmiente en estos términos:

¡El fanfarrón de Don Diego!
De sus mentiras reniego,
que «cuando muerto cayó»
al infierno se fué luego
contando que me mató.

y que Zorrilla desvirtúa también cuando al final hace decir a Don Juan:

«... mañana a los sevillanos
aterrará el creer que a manos
de mis víctimas caí.»

No hay más diferencia que la de que mientras «Tenorio» no presencia más que el paso de su propio entierro, Montemar ve pasar el suyo y el de su víctima, o sean los dos cuerpos muertos que llevan en el ataúd, de los cuales:

«el uno Don Diego de Pastrana era
y el otro... ¡Dios Santo!... y el otro era él.»

Por otra parte, ya transcribí oportunamente los versos en que describe Espronceda la muerte de «Don Diego» en duelo con Don Félix, como don Juan refiere en los endecasílabos que comentamos la muerte de Centellas y Avellaneda.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.